

## *Sociología del mal*

**Salvador Giner**

(Madrid, La Catarata, 2015)

«Este libro indaga la faz dañina de la sociedad humana: la que resulta del daño intencional, que suele ser tenido por necesario por quienes lo ejercen o lo legitiman». La primera frase del último ensayo de Salvador Giner encapsula la trama analítica y argumental de la última entrega del maestro de sociólogos. El catedrático emérito de la Universidad de Barcelona ha elaborado una entrega madura sostenida en una trayectoria sociológica de largo recorrido. Como caracteriza a buena parte de su obra ensayística, el volumen que ahora se recensiona también es fruto de reelaboraciones de textos ya trabajados, a los que ahora se modela monográficamente, y entre los que destaca un importante trabajo inédito, «*Societas spinoziana*». El temario engarza, asimismo, con su anterior libro, *El origen de la moral*, donde se prestó atención a diversas teorías de la malignidad esenciales para entender más cabalmente nuestro mundo contemporáneo. En especial aquellas examinadas por Hannah Arendt, profesora del propio Giner en sus años mozos.

Para el pensador catalán, mientras toda teodicea presenta, de raíz, dificultades lógicas insolubles, la sociodicea, en cambio, escapa a algunos de los dilemas insuperables que caracterizan a la primera. La inteligencia mundana y sociológica del universo humano, por lo que respecta a la explicación racional y objetiva del mal socialmente engendrado, también encuentra escollos. Aunque son bastante menos intratables que los de la teodicea, dejan algunas cuestiones abiertas sobre las cuales se inquieren en el libro. Así, Giner examina en su primer capítulo sociodiceas de nuestro tiempo justificativas del mal social, especialmente de aquel intencionalmente perseguido y llevado a cabo.

El autor no piensa que el mal exista en abstracto, ni siquiera platónicamente. Elude justificarlo pero no lo soslaya, como a menudo lo han hecho científicos sociales temerosos siempre de inmiscuirse en asuntos que les parecen racionalmente incomprensibles. Como ya hiciera en su anterior ensayo, *El origen de la moral*, Giner evita puntillosamente hipostasiar el concepto mismo del mal, aunque revisita asuntos dedicados al análisis del daño voluntario y al cultivo de la maldad.

Suele apelarse a «la sociedad» para entender y hasta explicar lo que sucede o hacen las gentes. En el capítulo II se efectúa un estudio en torno a la sociedad como ente supremo, frecuentemente banal, constante y moral, apoyándose Giner, en buena medida, en un argumento de Émile Durkheim. Así, por ejemplo, podría señalarse el gran número de economistas que reconocen la necesidad de un modesto porcentaje de paro para que la economía vaya bien, aunque sean parcos en expresarse explícitamente en tal sentido. Menos aún confesarán algunos que para que haya justicia en el mundo, es necesaria una cierta cantidad de injusticia. Despunta, al respecto, el coraje de Émile Durkheim al hacer énfasis sobre las funciones benéficas de ciertos niveles de anomía o delincuencia para la buena marcha de la sociedad. Ello merecería una atención cuanto menos análoga a las aseveraciones de John Maynard Keynes sobre la necesidad de niveles bajos, y hasta inexistentes, de paro.

En el capítulo III se explora la idea de la sociedad en el pensamiento de Baruch Spinoza, como momento crucial en la historia de la filosofía social occidental. Aunque no existe en el filósofo holandés de origen sefardí ibérico una teoría explícita de la sociedad, sí existe una

ligazón conceptual fundamental respecto a la idea de *societas*, evocadora de asociación o grupo formado entre varios socios, pero también de una politeya formada de individuos emancipados y libres. Subraya Giner la función estructurante que la ley posee respecto a la sociedad, y en virtud de la cual la sociedad como cuerpo político queda constituida.

Se indaga ex profeso sobre conceptos que constituyen la visión general spinoziana de la sociedad humana, algo así como su sociología, en su acepción de concepción secular, racional, analítica y empírica de tal sociedad. Naturalmente, las ideas más «sociales» de Spinoza nunca pueden separarse del todo de su politología, puesto que poder, autoridad, legitimidad y obediencia son temas que comparte toda sociología con la ciencia política. Según Giner, la visión spinoziana no está tan alejada de la hobbesiana, en especial en el asunto clave de qué es lo que legitima la acción humana, incluida la violencia y el dominio bruto, revestido o no de la indumentaria de la autoridad para ejercer el poder. Se reivindica, así, el notable lugar que Spinoza ocupa en lo que respecta a la teoría moderna de la sociedad, más allá de su posición destacada en la historia de las ideas políticas republicanas.

El cuarto capítulo se concentra en el asunto de la civilización y su compleja articulación con la cultura, dadas las acusaciones de relativismo banal. No debe causar extrañeza que Giner, en este y otros de sus escritos, reivindique la figura de Talcott Parsons, al que a menudo se le menciona con el simplificador epíteto de «funcionalista». Parsons, durante un período considerable, fue castigado inmisericordemente por una sociología autodefinida como radical (o progresista), como si su obra hubiera constituido una especie de justificación (conservadora) del mundo existente, o sociodicea. Para Giner, precisamente, la civilización debe ser entendida como una trama social interactiva, entrelazada por un núcleo urbano de poder y autoridad y sustentada en una coalición de intereses predominantes y legítimos para repartir dominio y recursos civilizatorios. Permea en las páginas del libro el propósito constante del sociólogo catalán por explorar dimensiones cruciales de la cultura contemporánea, observadas desde la perspectiva de la teoría social y con el afán de entender las cosas, por un lado históricamente, y por el otro, como situaciones de conflicto y desdicha.

En el capítulo V, el autor zarandea al lector con la aseveración de que «El progreso de la humanidad es un mito». Se emplaza, de tal manera, a considerar a la razón como una instancia que no está, necesariamente, por encima de la realidad. Ciertamente, los progresos son posibles, pero «... el progreso no». Hay que tener siempre presentes los contextos en los que se desarrolla la razón y en las civilizaciones por ella implicadas. Como ya avanzara Giner en su temprana obra seminal, *Mass Society*, debe combatirse la inadmisibles falacia —casi siempre reaccionaria— de confundir al pueblo o a la ciudadanía con las «masas», descalificando así a mayorías democráticas y gentes cargadas de buenas razones. Porque además de la barbarie y la perversión del mal, las cosas a veces van bien, «... y la vida humana transcurre, entre la mediocridad y la tragedia, por la senda cotidiana de la razón». Las últimas palabras del ensayo emplazan el debate entre las diferentes formas de defender la razón y su alteridad irracional extendida no solo en el universo intelectual, sino en el político y en el de la acción humana cotidiana. Para Giner, la vieja pero sólida tradición filosófica y sociológica que se forjó en el estudio de la ideología —desde Francis Bacon hasta Karl Mannheim, y después— debería ser revisitada y sobre todo enriquecida con una consideración rigurosa y sistemática de lo que significa la sociodicea para la cultura humana.

Como remacha Giner, la monótona repetición de la ideología del «daño necesario» extremo se ha impuesto en cuantos movimientos políticos han querido acabar de una vez por todas con una situación manifiestamente horrenda. Las proporciones de esta verdad han sido

tales que produce no poca perplejidad comprobar la tozudez con que gentes responsables la ignoran. Baste recordar, a modo de dramático episodio, que el régimen de los Khmer Rouge, encabezado por el tirano Pol Pot, en Camboya, quiso corregir los males que asolaban el país asesinando y torturando entre uno y tres millones de seres humanos (las cifras son imprecisas, pero desconsoladoras) en un país con una población de ocho millones de personas, durante 1975-1979. Ello se efectuó según una ideología explícita (con su correspondiente sociodicea, por ende), y con «efectos colaterales» tales como los desplazamientos masivos de población realizados a punta de pistola por los miembros purificadores del partido único.

En algún modo a contracorriente de la principal preocupación de los estudios sociales contemporáneos, los cuales casi siempre privilegian los análisis estructurales (clases sociales o fanatismo religioso, pongamos por caso), el libro que nos ocupa se empeña en tratar de explicar los males que desazonan la vida en nuestras democracias «avanzadas». Aquellos análisis olvidan la existencia de una intención por causar daño, o la integran como subproductos de otras causas indeterminadas. De ello se colige, a menudo, que un terrorista o un torturador son meros personajes manipulados por fuerzas anónimas. Pero la realidad, como reafirma el autor, es que son malos, malignos, y basta.

El ensayo de Salvador Giner constituye un relevante compendio de observaciones y constataciones sobre el inquietante asunto del daño intencional, ateniéndose a un marco espacial —el europeo— que hoy sufre los embates de un mal que sus gentes han infligido a los de las demás. Rehúya el lector de considerar al autor como un renegado eurocéntrico. En realidad, nuestro preclaro sociólogo siempre ha evitado culpar a los europeos de sus conquistas, imperialismos, hegemonías, esclavizaciones, expolios, fanatismos, atropellos y demás males cuya retahíla todo el mundo (literalmente) conoce.

Este libro constituye no solo una aportación depurada de preocupaciones teóricas y empeños académicos. Es el descollante producto tardío de la dilatada y fructífera trayectoria intelectual de Salvador Giner. Se trata de un estudio sustancial sobre la sociología del mal y, especialmente, sobre el desprestigio de la racionalidad en la comprensión del mundo. El propio autor no abriga esperanzas de convencer a los aguerridos amigos del sueño de la razón. Su lectura será de gran aprovechamiento para quienes estén concernidos en indagar en la composición de las convicciones morales, de los principios esenciales de la ciudadanía, de la composición de un universo donde surge ese daño y, según las propias palabras de Spinoza, «... de aquello que sabemos a ciencia cierta que impide que poseamos lo que es bueno». A buen seguro, el lector agradecerá el tratamiento de temas tan relevantes para el desarrollo futuro de nuestras sociedades, bien distantes del atolondramiento mediático, de la apatía pública o de la indiferencia colectiva, tan extendidos en los tiempos que corren.

*por Luis MORENO FERNÁNDEZ*

*Instituto de Políticas y Bienes Públicos (CSIC)*

*luis.moreno@csic.es*